

LIBROS

Los himnos de la belleza fugaz

Hymnica, el tercer libro de poemas de Luis Antonio de Villena, es, ya ha sido dicho y la evidencia misma es fuente de turbación, un canto a la belleza. En Hymnica (1) el poeta convoca aquel antiguo, glorioso ideal amoroso, en que la gracia y la hermosura se encarnaban en la juventud, y, desbordados apenas esos rasgos diarios, tal vez inciertos y ásperos, los que convienen a cada cuerpo adolescente, se convertían ellos —y más que cada cuerpo, la idea cuerpo— en forma participatoria de la belleza. En manifestación, fenómeno del sueño, que como tal ha de ser fugaz, transitoria, pasión del momento. Para que ella, la que está detrás, permanezca incólume, un punto inalcanzable.

Los cuerpos —siente Luis Antonio de Villena— están hermosos en ese dulce momento en que participan de la suprema bondad. Y ese momento —y qué más puede importar— es verdadero, está en su carne, es el paisaje estrechable de su espalda y su pelo. Es la luz —y qué hay más fugaz que las luces, que escapan al cambio de gesto, al paso de los minutos— y es la caricia, es la edad indetenible.

Naturalmente, la presencia de estos cuerpos gloriosos vendrá a la escritura en forma de recuerdo. El que vive y escribe sabe que lo narrado es, ¡ay!, tan distante de lo vivido. Si coinciden en algo, eso se llama intensidad. Y si el poema transmite algo de aquella luz primigenia, de aquel momento, cuando la piel era tacto y la vista color —y no recuerdo del tacto y del color—, entonces basta.

El poema es, ahora, el final de la cadena de la participación. Es un mundo de luces en el que se sitúa, que ha saltado del ser, que es la belleza, a ese existir cotidiano y misterioso que la

(1) Luis Antonio de Villena: Hymnica. Eds. Peralta. Poesía Hiperión. Madrid, 1979.



Luis Antonio de Villena.

muestra, y ahora, el poeta que ya conoce, debe escribir y, contaminado, transmitir, hacernos volver al reino sagrado donde las cosas son. Fija sus ojos en los muchachos rubios, morenos, pelo lacio o dorado, ojos negros profundos o verdes de agua, y detiene por un momento las circunstancias instantáneas en que se hizo el milagro... No es extraño que otro placer, distinto pero genuino, impregne ahora las palabras, el esfuerzo infinito que exige el salto de la contemplación y la visión al momento mismo de la escritura, a esta nueva materialidad. En esa tensión debe el poeta poner en marcha los atributos que le conferirán ser el demiurgo de estos nuevos seres; llamará a las voces que nombraron antes parecidos momentos —y resultarán, confesos, los ancestros literarios de toda una tradición hedonista—; dejará que acudan las palabras que, solitarias, podían cargarse ya del misterio de lo instantáneo; permitirá que sus frases se bifurquen, como su corazón ahora dividido entre la existencia y el conocimiento de ella; algunas cadencias y ritmos rotos —porque el instante debe dejar palpable, sensiblemente, su factura de esencialmente quebrado y despedido— se negarán a apoyar la memoria, porque el quehacer del poeta de Hymnica es invitar al placer y a la vida, aunque él mismo lo haga desde el recuerdo, y, por fin, la fuerza de la frase encontrada, natural, rebasará el metro en encabalgamientos muchas veces violentos, que convocan otra vez a cerrar el libro y a vivir.

Y es que pocas veces la poesía

es tan consciente de su grandeza y de su miseria como en el caso de Luis Antonio de Villena. La poesía —siente—, ese goce solitario, diferido, distanciado, es, antes que otra cosa, la sombra de aquella intensidad. Que, además —lo sabe—, no fue, a su vez, más que una sombra. Encontrar la felicidad en esta forma de la conciencia es tarea de una vida. Constaría es, en rigor, oficio de poeta. ■ ROSA MARÍA PEREDA.

En lugar de Dios

Este libro se titula ¿Al fin un hombre nuevo?, pero bien pudiera haberse titulado El fin del hombre nuevo, porque de lo que da cuenta es de los notables esfuerzos de la investigación médico-biológica para acabar con todo rastro de humanidad espontánea y simple (1). Ni el proceso es reciente, ni lo es el tema. En los últimos años han florecido en casi todos los países, sobre todo en los de habla inglesa, muchos trabajos en los que se somete a una crítica humanista agudísima el presunto desarrollo de las ciencias biomédicas. También aquí han aparecido algunas traducciones y también aquí hay textos contrarios, es decir, destinados a favorecer la idea de que los hombres no somos buenos tal y como somos, de manera que debemos someternos a las técnicas de los nuevos pontífices y dejar-

(1) Ed. Plaza y Janés. Barcelona, 1979.

nos conducir, cambiar, dorar, platear, modificar y educar.

Egmont R. Koch y Wolfgang Kessler han reunido una interesante colección de reportajes y entrevistas con algunos de los sabios que, en todas partes, están sentando los principios del "hombre nuevo". La ciencia biomédica ha reducido su condición y se ha convertido en técnica: podemos fecundar niños "in vitro", castrar eficientemente a los delincuentes, o presuntos delincuentes sexuales, determinar el sexo de nuestros futuros hijos y domeñar nuestros desordenados apetitos de libertad sometiéndonos a sutiles artificios electrónicos. Podemos inseminar artificialmente a nuestras hembras, insertar miembros mecánicos en lugar de nuestros torpes miembros orgánicos. Podemos adormecer a los que están demasiado despiertos y desvelar a los durmientes. Podemos lobotomizarnos los unos a los otros, insertarnos electrodos en las meninges, sustituir los ojos por pantallas de televisión y trasplantar órganos sin detenernos mucho a considerar si el donante está lo suficientemente muerto.

Pero detrás de toda esta maravilla científica hay una ancha, inconcreta y trágica voluntad política. En última instancia, se trata de educarnos, y esa es la desagradable conclusión que se obtiene de la lectura. Un ilustre español, el doctor Rodríguez Delgado —que modifica la conducta de sus monos insertándoles "estimuladores transdérmicos" debajo del cuero cabelludo, aparece en las últimas páginas del libro y lo resume todo muy bien: "De vez en cuando llega alguien y pregunta: ¿Pretende usted transformar la obra de Dios y cambiar el destino de los hombres? Y ustedes conocerán sin duda aquella frase de Ochoa, en la que dice que poco a poco, los científicos empiezan a jugar a ser Dios. Pues la respuesta es muy sencilla: todo cuanto el hombre haga es parte de nuestro destino o, si lo prefieren, de la predestinación divina..."

Tenemos la muy humilde impresión de que ya será menos y, además, nos parece que habrá que contar con nosotros, los objetos de la ambiciosa experiencia.

■ F. M.